

4. El mandamiento nuevo. La alianza nueva

Las conversaciones de la cena traen la única frase que, en el evangelio de Juan, tiene el rigor categórico de mandamiento: «*Os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros, como yo os he amado*» (Jn 13,14; 15, 12). Ese mandamiento se apoya en el ejemplo mismo de Jesús, cuando vuelve a la mesa, después de haber lavado los pies a sus discípulos. Esa manera que tiene Jesús de poner en dos palabras toda su obra y su enseñanza recuerda la expresión con la que, en el Sermón de la montaña, resume la Ley y los profetas: «*Todo lo que vosotros queréis que los demás hagan por vosotros, hacedlo vosotros por ellos*» (Mt 7,12).

La misma manera de concentrar toda la voluntad de Dios y toda su enseñanza en un solo mandamiento supone en la base un intercambio entre personas, bien sea mediante una simple mirada o mediante una reciprocidad real. Aunque la «regla de oro» del Sermón se encuentra en otras partes, y no es un invento de Jesús, él la ha hecho corazón y sustancia de la ley de Dios. Hasta el punto de que ese mandamiento, para hablar como Pablo, en Juan como en Mateo, podría denominarse «la Ley de Cristo», el mandamiento de Jesús.

Lo extraño, si somos sensibles a ese paralelismo, es que el mandamiento, que en Mateo aparece desde los comienzos de Jesús, en el Sermón de la montaña, no aparece en Juan hasta la víspera de la muerte. Sin duda que esas dos maneras de resaltar su importancia son complementarias. Al comienzo como un programa, al final como un testamento, esas dos posiciones valoran igualmente la importancia del mandamiento. No obstante, la distancia entre las dos posiciones hace aparecer una sensible diferencia.

El Jesús del Sermón se presenta como profeta. Sin embargo, no habla en nombre de Dios, como los profetas, sino en su propio nombre y con su propia autoridad: «*Pero yo os digo*». Sin embargo, no expresa su voluntad, sino una realidad que le llega de otro, de Dios. El Jesús de la cena habla de una realidad que es la suya y procede de él, «*como yo os he amado*».

Entre los dos lenguajes, hay evidentemente diferencia entre Mateo y Juan, y dos maneras de hacer hablar a Jesús. Está sobre

toda la distancia recorrida por Jesús entre el comienzo de su actividad y el momento en que la devuelve al Padre. Sin tener necesidad de suponer o negar a la ligera una evolución en la conciencia que tiene Jesús de su misión, más vale admitir que, en el momento en que se encuentran, después de todo lo que han recibido y vivido con él, Jesús tiene toda la razón en recordar a los suyos su ejemplo.

Además, el evangelio de Lucas trae en este momento un breve episodio muy cercano al lavatorio de los pies, donde Jesús, como en Juan, se pone como ejemplo: «*¿Quién es mayor? ¿El que está a la mesa o el que sirve? Pues yo estoy en medio de vosotros como quien sirve*» (Lc 22,27). Cuanto más cerca del final está, en mayor intimidad entran los discípulos con el Maestro y más fácilmente puede éste ponerles delante su ejemplo.

Sigue habiendo una sensible diferencia entre el gran mandamiento del Sermón y el gran mandamiento de la cena. El primero expresa la voluntad de Dios, el segundo la del Hijo. Hay algo más que la distancia entre el profeta de los inicios y el maestro famoso: está la anchura y profundidad de la revelación dada y recibida. El Jesús de Juan es el mismo a quien han escuchado los discípulos en la cena, y quien le hace hablar, sin duda el discípulo preferido, lo ha escuchado como los demás. Pero él, a medida que pasan los años, cada vez lo entiende mejor, y capta en las intenciones de entonces una riqueza que no podía haber sospechado en aquel momento.

El mandamiento del Sermón estaba dirigido a todos los corazones capaces de prestar atención. El de la cena se dirige a los mismos destinatarios, pero llega a ellos por caminos diferentes. Jesús tiene ahora detrás de sí todo lo que hace por los hombres, y ante sí todo lo que tiene que sufrir por ellos. Ya no es el profeta que acaba de aparecer y proclamar su mensaje: ha vivido y actuado, se ha rodeado de discípulos que han compartido su vida y su obra. Ahora puede confiarles lo que sigue.

De golpe, el gran mandamiento adquiere un acento diferente. En la montaña los hermanos son «los hombres» sin más precisión, y a cada uno le corresponde saber cómo tratar, como quisiera que le trataran a él mismo, a quien halla a su paso, al cria-

do que emplea o al enemigo a quien combate. En la cena, el hermano pertenece al mismo mundo, y el amor que se le ofrece crea la comunidad y es testimonio del nombre y del amor de Jesús por los suyos. Es el nacimiento y la señal de la Iglesia.

Es estrecha la relación entre los dos momentos, entre las dos formas del gran mandamiento. El mandamiento de la cena, el mandamiento recíproco, supone la comunidad y hace existir a la Iglesia, en el nombre de Cristo y en su seguimiento. Pero, para ser fiel a Cristo y al Evangelio, hay que pasar por el mandamiento de la montaña. La Iglesia no es verdaderamente la Iglesia de Jesús y del lavatorio de los pies, si no da todo su peso a la palabra inicial, que abarca a todos los hombres y contempla todas las situaciones. El mandamiento «entre hermanos» de Juan es inseparable del mandamiento «entre hombres» de Mateo. Es su figura plena, crítica.

El mandamiento nuevo es el de la nueva alianza. Hay un vínculo esencial entre la alianza y el mandamiento. Se remonta a los orígenes mismos de Israel y su fe. En el libro del Éxodo, la alianza propuesta desde lo alto del Sinaí es el encuentro de dos compromisos, el de Dios, que toma a su cargo el destino de su pueblo, y el de Israel, que acepta la fe del Señor. Pero, para que este compromiso adquiera el valor de una alianza inviolable, es necesario que sea sellado con un gesto sagrado. Al pie del Sinaí, mediante la «sangre de la alianza», Moisés hace penetrar a Israel en el mundo de Dios.

Los evangelios suponen y retoman ese acontecimiento y ese gesto. A su luz y en memoria de ese momento crucial fundó Jesús su obra y finalizó su misión. Al dar de beber a los suyos la «sangre de la nueva alianza», Jesús les da, al mismo tiempo, un «mandamiento nuevo», que formula después de haberles lavado los pies. Entre el Sinaí, la montaña de Galilea y el cenáculo, entre la ley de Moisés, la ley de Jesús y el mandamiento nuevo, entre el relato del Éxodo, el de los evangelios sinópticos y el de Juan, los vínculos se cruzan y se aclaran mutuamente. Todos convergen en la figura de Jesús, pero éste es desde ahora inseparable de aquellos a quienes lavó los pies, y que no podrán ya reivindicar su nombre si no aceptan reproducir entre ellos esa señal de la nueva alianza.